



Daniel L. Mingorance¹

¹ Lic. en Psicología (UBA). Magíster en Gestión de Servicios de Gerontología. Profesor Psicología Tercera Edad (UdeMM). Profesor de Maestría (Isalud)

Estereotipos sobre la vejez. Conceptualización, historia y etiología. Recomendaciones¹

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo considerar los estereotipos sociales sobre la vejez y el viejismo como concepto que engloba los prejuicios sobre las personas mayores por el solo hecho de su edad cronológica. Para la profundización de ese objetivo se enuncia la definición inicial de ese concepto elaborada por Butler y los desarrollos complementarios expuestos por distintos investigadores hasta principios del siglo XXI.

Se incluye la indagación sobre la historia de la evolución de esta problemática social desde su surgimiento hasta su conformación como los conocemos en la actualidad.

¹ El presente artículo ha sido elaborado en base a contenidos de la Tesis “*Evaluación acerca de prejuicios, estereotipos y teorías implícitas sobre la vejez en los concurrentes a los Cursos del Programa Nacional de Formación de Cuidadores Domiciliarios: Análisis antes – después en el caso de la población concurrente a los cursos implementados en la Facultad de Psicología (UBA)*”, presentada para la Maestría en Gestión de Servicios de Gerontología de la Universidad ISALUD, con defensa en diciembre de 2011.

Si bien el trabajo no se dedica en profundidad al estudio de la imagen de la vejez se realiza una mención al tema. Esta inclusión cobra relevancia en la medida que la reproducción de estereotipos actúa distorsionando el conocimiento generado por el contacto directo sobre las personas viejas.

Se desarrolla el análisis de los aspectos implícitos del viejismo y la biomedicalización del envejecimiento en el proceso histórico y social presente, como asimismo la manera en que se construye el prejuicio en las personas y la posibilidad cierta de que opere sobre ellas mismas el cumplimiento de una profecía autogenerada. El artículo propone especialmente recomendaciones para la reducción de estereotipos y teorías implícitas sobre las personas mayores desde diversas prácticas sociosanitarias en general y para los profesionales que tienen interacción directa con los mismos en particular.

Finalmente se observa la ubicación del tema dentro del dominio de los Derechos Humanos lo cual ha permitido que se amplíe el espectro de ámbitos desde los cuales se aborda la problemática.

El viejismo

El viejismo, definido como el conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a los adultos mayores exclusivamente en función de su edad, fue desarrollado inicialmente por Robert Butler. (Butler y Lewis, 1973) Los prejuicios pueden ser tanto de contenido positivo como negativo.

El viejismo también ha sido definido como “el prejuicio y la discriminación consecuente que se lleva a cabo contra los viejos” (Salvarezza, 1987). Salvarezza ha citado una posterior conceptualización elaborada por Butler: “El viejismo, el prejuicio de un grupo contra otro, se aplica principalmente al prejuicio de la gente joven hacia la gente vieja. Subyace en el viejismo el espantoso miedo y pavor a envejecer, y por lo tanto el deseo de distanciarnos de las personas mayores que constituyen un retrato posible de nosotros mismos en el futuro. Vemos a los jóvenes temiendo a envejecer y a los viejos envidiando a la juventud. El viejismo no sólo disminuye la condición de las personas mayores, sino la de todas las personas en su conjunto.

Por último, por detrás del viejismo encontramos un narcisismo corrosivo, la incapacidad de aceptar nuestro destino futuro. Estamos enamorados de nosotros mismos jóvenes” (Butler, 1993). Más recientemente, ha sido definido como “una alteración en los sentimientos, creencias o comportamiento en respuesta a la edad cronológica percibida de un individuo o un grupo de personas” (Levy y Banaji, 2004). Los prejuicios se encuentran en la base de diversas dificultades que deben afrontar las personas mayores. Los resultados de las investigaciones al respecto con personas mayores revelan todo un catálogo de discriminación. Los principales problemas detectados son: “La pobreza, el abuso y el maltrato, la discriminación, la negación de derechos civiles y económicos y la ausencia de interés o inversión gubernamental en el envejecimiento de la población” (Aguas, 1996; HelpAge, 2002).

En su trabajo “Viejismo y discriminación”, Thomas Mc Gowan, plantea que Robert Butler proveyó las bases conceptuales generales para el estudio de la discriminación basada en la edad y los problemas conexos (Mc Gowan, 1996).

El viejismo es definido en ese trabajo como un fenómeno complejo con dimensiones históricas, culturales, sociales, psicológicas e ideológicas. En las culturas en las cuales este prejuicio tiene lugar, el envejecimiento biológico avanzado es definido negativamente y se encuentra en la base de la devaluación del estatus social de los viejos. Este proceso de devaluación puede tomar la forma de una discriminación interpersonal (micro) o institucional (macro). Para la discriminación institucional se encuentran ejemplos en la discriminación laboral, la estereotipia en los medios de comunicación, la segregación intergeneracional, evitación de contacto y la existencia de

un trato interpersonal condescendiente o abusivo (Mc Gowan, 1996).

Según su contenido, los prejuicios y estereotipos sobre el envejecimiento (Orosa, 2001), se agrupan en tres conjuntos principales:

- Contenido negativo: identifican a la vejez como una etapa de enfermedad, de soledad o involución
- Contenido positivo o idealizante: entienden a la vejez como una edad dorada y se excluyen las pérdidas que naturales que acontecen en este período de la vida.
- Prejuicios confusionales: se considera que llegar a viejo es sinónimo de retorno a la niñez o de promover a la vejez como una eterna juventud, dificultando la comprensión de las características propias de la etapa.

El viejismo positivo, como toda idealización, consiste en una generalización abusiva que impide el conocimiento de las reales características interindividuales de los sujetos viejos. Se basa en una visión benévola o indulgente de sus capacidades y tiende a sobrevalorar los aspectos virtuosos que sí poseen algunos sujetos y lo generaliza a todos los integrantes de este grupo de edad. Los estereotipos que más comúnmente forman esta clase de prejuicio son aquellos que atribuyen sabiduría y una ganancia de provechosa capitalización de la experiencia por la sola acumulación de años por parte de las personas a medida que envejecen.

Los prejuicios y estereotipos justifican la victimización social de la persona mayor y favorecen la discriminación.

El viejismo incluye la tendencia a la culpabilización de las víctimas. A pesar de que las causas de la existencia del viejismo tienen raíces sociales, culturales, históricas y económicas, se observa una tendencia a la culpabilización de los propios viejos por los

problemas que tienen y que a la vez estarían generando en la sociedad.

La creencia de que los más viejos son sujetos incapaces de contribuir a la sociedad, y que consecuentemente, son miembros prescindibles de la comunidad, prevalecen. Con las actitudes de disgusto y distanciamiento hacia ellos, ocurre lo mismo (Levy y Banaji, 2004).

En el año 1996, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, consideró necesario que este grupo poblacional fuese apoyado y reconocido como sujeto de derecho, a fin de abordar el tema desde el esclarecimiento de su problemática hasta la denuncia de su discriminación.

El viejismo, como otros “ismos”, implica una visión despectiva sobre el grupo de los viejos en la sociedad y da lugar a prácticas segregacionistas considerando a sus integrantes diferentes a los demás en sus opiniones, afectos y necesidades sólo basándose en su edad cronológica.

El viejismo presupone que por el sólo hecho de ser vieja, una persona puede estar en riesgo, actitud que actúa como precipitadora de la vulnerabilidad.

Estas actitudes surgen del miedo de las generaciones jóvenes a su propio envejecimiento y su rechazo a enfrentar los retos económicos y sociales relacionados con el incremento de la población de mayor edad dentro de la estructura poblacional.

La existencia de un prejuicio activo, no basado en hechos, sino en el desconocimiento y la deformación de las potencialidades de las personas mayores en la sociedad actual, constituye el primer paso hacia la discriminación real de las personas. Algo peor sucede cuando la propia persona vieja los acepta y los incorpora a su visión personal.

La teoría del viejismo y la modernización es mencionada por Mc Gowan,

e ilustra como los cambios en la organización social, combinada con la propagación cultural e ideológica de las actitudes negativas, crean un nuevo mundo desafiante para los viejos (Mc Gowan, 1996).

La modernización trae como resultado lo que el mismo autor denomina una “dislocación social de los viejos”, es decir, un proceso en el cual los roles tradicionales se pierden y su status social decrece como resultado de cambios en la organización de las instituciones sociales.

La dislocación social restringe la participación de las personas mayores en el manejo de la actividad social al redefinir sus roles sociales y económicos. Esto se manifiesta a través de la discriminación existente en el mercado laboral y de la segregación por edad en las relaciones sociales. Al decrecer el acceso a las fuentes de trabajo esto les niega a los viejos el rol de trabajador y, por consiguiente, los merecidos ingresos, beneficios personales, sociales y económicos de tales roles.

El viejismo condiciona la existencia de estas formas de violencias, especialmente en el ámbito institucional. Por ejemplo, la limitación directa o indirecta de servicios, como en el área de salud, donde ciertas prácticas médicas no están disponibles a partir de determinada edad.

La Organización Mundial de la Salud publicó en el año 1999 para el Año Internacional de las Personas Mayores la enumeración de seis mitos fundamentales. (OMS, OPS, 1999)

- La mayoría de las personas de edad² viven en países desarrollados.
- Todos los adultos mayores se asemejan.

2 Copio textual: “Personas de edad”; de la documentación de la OPS, Organización Mundial de la Salud.

- El hombre y la mujer envejecen de la misma manera.
- Las personas de edad son frágiles.
- Los mayores no tienen nada para aportar.
- Las personas de edad son una carga económica para la sociedad.

Algunos otros mitos (OMS, 1999) están todavía muy arraigados en nuestras culturas latinoamericanas:

- Los viejos no son capaces de aprender.
- Las personas mayores son viejas para empezar a hacer ejercicio.
- Los viejos no se adaptan al cambio.
- Pobreza y vejez van juntas.
- Los viejos se vuelven niños.
- La sexualidad es cosa de jóvenes.
- Los viejos son de mal genio.
- Vejez es sinónimo de sabiduría.
- Vejez es sinónimo de enfermedad.
- La persona de edad no tiene futuro.

La imagen social negativa hacia la vejez, derivada de los mitos vigentes en nuestra sociedad, influyen de manera decisiva en distintos planos de la vida del viejo. Los mitos influyen desde la oferta de políticas públicas hasta su exclusión en los medios de comunicación, en el consumo, la educación y, en la desvalorización de su aporte a la sociedad.

Evolución histórica del viejismo

Desde los albores de la especie humana las condiciones de vida han sido más desfavorables para aquellos que no fueron los más aptos para desenvolverse en un medio adverso. Siguiendo una matriz darwiniana, en períodos en los cuales el acceso a los alimentos y el abrigo fue más escaso, el destino de la especie se inclinó rápidamente hacia la supervivencia del más fuerte. Las condiciones de vida han sido especialmente exigentes en la prehistoria durante aquellos períodos en los cuales

los humanos han basado su subsistencia en una metodología de cazadores y recolectores de sus alimentos. En ese contexto, la asistencia por parte de los más fuertes hacia los débiles de la horda era bastante exigua. En épocas de escasez, la provisión y el cuidado a los débiles, incluidos los ancianos, fue una carga. En cambio, en los períodos de abundancia y en las sociedades que tuvieron mayor grado de organización, la protección de los mayores fue más extendida.

La orientación de la investigación histórica sobre los prejuicios hacia los mayores fue desarrollada por Konrad Lorenz en su trabajo sobre la presencia de componentes etológicos en la enemistad entre generaciones (Lorenz, 1972).

La enemistad que tantos miembros de la generación joven sienten hacia sus mayores tiene mucho en común con la que puede observarse entre dos grupos étnicos hostiles.

El término *grupo étnico* es empleado en este contexto para describir a cualquier comunidad cuyos individuos se mantienen unidos por respeto a símbolos comunes más que por amistad personal. Un grupo étnico brota con las primeras apariciones de normas de comportamiento ritualizadas culturalmente que sean específicas de ese grupo. Estas normas pueden consistir primeramente en un determinado acento en el uso del idioma, o formas de vestir como puede observarse en escuelas, ciertas unidades militares, partidarios de equipos deportivos o pequeñas comunidades.

Estas normas ritualizadas que son específicas de un conjunto juegan un papel importantísimo cuando se trata de mantener unido al grupo. Los modales o formas de vestir entendidos como apropiados son los que corresponden al grupo propio. En cambio, todo lo que se desvíe de las reglas impuestas

es considerado despreciable y socialmente inferior. Consecuentemente, dos grupos de esta clase, comparables y conscientes del desprecio que merece uno al otro, podrán fácilmente expresar una rápida escalada de hostilidad. Los contactos hostiles de este tipo realzan el valor positivo que los integrantes de cada grupo atribuyen a sus propias ritualizaciones. El desarrollo cultural divergente alza barreras entre los grupos étnicos de modo muy parecido a aquel en que la evolución divergente tiende a separar las especies y fue denominado por Erikson "seudo-especiación cultural".

La diferenciación cultural es un proceso normal e incluso deseable, debido a que cierto grado de aislamiento respecto de los grupos vecinos puede funcionar como una ventaja para el desarrollo cultural, análogo a los motivos por los cuales el aislamiento geográfico ha facilitado la evolución de las especies. Sin embargo, existe un aspecto negativo muy peligroso: la pseudo-especiación puede ser causa de guerra. "La cohesión de grupo efectuada por la estima común hacia normas sociales y ritos específicos del grupo se halla combinada inseparablemente con el desprecio e incluso el odio hacia el grupo rival comparable" (Lorenz, 1972). Si la divergencia del desarrollo cultural entre dos grupos ha ido demasiado lejos, conduce a la horrible consecuencia de que uno de los mismos no considere al otro como del todo humano. La pseudo-especiación suprime los mecanismos de base instintiva que normalmente impedirían dar muerte a los semejantes y lleva a la pérdida de la más mínima inhibición de la agresión intraespecífica.

"No hay duda que la generación más joven responde a la generación mayor *de la misma comunidad* con todas las pautas típicas del comportamiento hostil que normalmente se obtie-

nen en la interacción con un grupo *extraño y hostil*. Nuestra deplorable familiaridad con el fenómeno impide que nos percatemos de la estafalaria deformación del comportamiento cultural normal que ello representa realmente" (Lorenz, 1972).

La existencia de enfrentamientos entre los distintos clanes en el mundo antiguo y la construcción de una imagen negativa de los pertenecientes a otra tribu han estado, entre otros fines, al servicio de la definición y el afianzamiento de la identidad de los integrantes de la propia tribu. La idea de "el contrario" permite definir a los propios por la negativa.

De una manera equivalente, la formación de subgrupos hacia el interior de la propia tribu tendría el mismo fin: la búsqueda de características homogéneas a la hora de definir la propia identidad.

La hipótesis de Lorenz propone que en situaciones de la historia contemporánea los grupos humanos se encuentran movidos por similares comportamientos que llevan a enfrentamientos de distintos sectores dentro de un mismo grupo social. En dicha conceptualización se incluye el observable de la aceptación y justificación del enfrentamiento que es realizada por parte los sectores de mayores.

Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, con el nacimiento de la sociedad de mercado burguesa, los mayores perdieron los roles económicos tradicionales, a partir de ello se sentaron las bases materiales para su devaluación social y cultural. Los intereses superpuestos entre jóvenes y viejos en el mercado de trabajo crearon los conflictos generacionales. Por un lado estos conflictos fueron determinados por los estereotipos viejistas y discriminaciones pero a la vez los realimentaron haciéndolos crecer aun más.

Para fines del siglo XIX la caracterización cultural que se hacía de las personas viejas cambió de favorable a desfavorable. La extensión de las actitudes viejistas coincide con la rápida expansión industrial y económica y favoreció a los intereses de los propietarios de los medios de producción interesados en tener una fuerza de trabajo maleable constituida por trabajadores jóvenes mal pagos. Se sostiene que la emergencia de actitudes contra las personas mayores fue de naturaleza ideológica para legitimar la discriminación en el mercado laboral. "En un sentido amplio, las actitudes viejistas sirven al propósito ideológico del avance de los grupos dominantes para devaluar los méritos de los viejos y disminuir la legitimidad de sus demandas políticas e intereses sociales" (Mc Gowan, 1996). En los inicios del siglo XX en los desarrollos de la gerontología se fue considerado al envejecimiento como un problema social, no porque las personas mayores fueran discriminadas, sino porque la población vieja aparecía demandando de manera creciente a la sociedad y a los gobiernos el cuidado de su salud, alojamiento y otros servicios sociales, al mismo tiempo que la competencia intergeneracional en el campo laboral. "La población vieja era un problema porque demandaba recursos y la provisión de servicios en un amplio espectro de la sociedad, algunos de ellos indeseables para aquellos que estaban en condiciones de controlar el poder". (Mc Gowan, 1996).

El nacimiento del campo gerontológico estuvo marcado por la imposibilidad de pensar el fenómeno social que surgió por primera vez en la historia de la humanidad sin retorno pero con posibilidades. En vez de ello los primeros gerontólogos insistieron en conceptualizarlo como un problema social.

Si bien, fue un modo predominante en conceptualizaciones de principios del siglo XX resulta interesante estar atentos al esporádico surgimiento de expresiones con este mismo sesgo en elaboraciones actuales.

La identificación del vejeísmo como un problema social requirió, y sigue requiriendo, un cambio teórico básico dentro de la gerontología. Esto es, el reconocimiento de que para la comprensión de la complejidad de los fenómenos del envejecimiento y la vejez es necesario que el prejuicio específico en su contra sea estudiado desde la perspectiva de las propias personas viejas. Esta es la relevancia del aporte de Robert Butler.

La construcción social de la imagen de la vejez

La manera en que el complejo proceso dinámico por el cual la sociedad y los miembros que la componen forman una imagen o representación de las personas viejas y la vejez ha sido estudiado desde diversas perspectivas teóricas. Aunque el presente trabajo no se dedica en profundidad al estudio de la imagen de la vejez se realizará una mención a distintas conceptualizaciones sobre el tema. Esta inclusión cobra relevancia en la medida que los prejuicios se encuentran presentes en el proceso de construcción social de dicha imagen. La reproducción de estereotipos actúa como una significativa distorsión del conocimiento sobre los mayores que tienen de manera inmediata los integrantes de la sociedad.

Las representaciones sociales se presentan de formas variadas, como imágenes que condensan un conjunto de significados. Pueden entenderse como sistemas de referencia que permiten al sujeto interpretar la lectura que hace de lo que le sucede, como categorías

que le permiten clasificar los hechos o personas. Es decir, son las maneras que tienen los seres humanos de pensar su realidad cotidiana y, correlativamente, es la actividad mental desplegada por individuos y grupos a fin de fijar su posición con relación a esa realidad (Jodelet, 1986).

“La sociedad establece procedimientos que distribuyen en categorías a las personas y a los contingentes de atributos que se estima ordinarios y naturales en los miembros de cada una de dichas categorías” (Goffman, 1970).

Las actitudes de los miembros de la comunidad hacia los mayores se encuentran estrechamente relacionadas con la imagen que socialmente se tiene de ellos, y esta imagen se relaciona, a su vez, con el status que las personas mayores tienen en cada comunidad (García, 2001).

Desde la década de 1980 la psicogerontología ha tenido interés por desarrollar investigaciones en torno a los estereotipos y las imágenes sociales de la vejez, utilizando metodología diversa: análisis del discurso hablado y escrito, cuestionarios, tareas de laboratorio (CELADE / CEPAL, 2003) o, entrevistas tipo encuesta (Fernández-Ballesteros, 1992).

Estos estudios sobre estereotipos e imágenes sociales de la vejez, concluyen que la percepción social de las personas mayores consiste en una imagen básicamente negativa. La sociedad moderna presenta a la vejez cada vez más como una suerte de desecho, con valores basados en la fuerza física, la agilidad para el éxito y la conquista de bienes materiales.

Este modelo de la vejez es además, extensamente fomentado desde los medios de comunicación. Esto trae como consecuencia que los viejos que no pueden cumplir con este mandato social viven bajo la amenaza de ser excluidos del sistema.

Las actitudes negativas y la formación de estereotipos son exacerbadas por el poder de los medios de comunicación electrónicos. Los viejos están escasamente representados en televisión, radio y producciones cinematográficas y pocas veces aparecen en avisos comerciales. Cuando figuran en programas de televisión su caracterización es generalmente negativa. “Irónicamente, mirar la televisión es la actividad placentera que más tiempo insume entre los viejos en los EE.UU., haciendo de ellos el más alto nivel de consumidores de imágenes que los devalúan a través de su exclusión o caracterización negativa” (Mc Gowan, 1996).

Una parte del discurso que se emite sobre la vejez tiene un carácter apologetico. Sostiene que es una etapa de la vida donde, la acumulación de la experiencia y un mayor autocontrol de las emociones, hacen que se transforme en la edad de la sabiduría y por eso se declama que los mayores merecen respeto. Revisando nuestra historia y nuestra cotidianeidad se hace visible que esta idealización de los mayores sólo concierne a los ricos y famosos, o sabios o poderosos. Aquellos que demuestran un “envejecimiento exitoso” también han tenido una vida exitosa de jóvenes (Aguas, 2002).

El respeto y la consideración estarían así, sólo reservada a los otros. Los desconocidos, aun cuando tengan un envejecimiento saludable, quedan fuera del escenario de los medios de comunicación.

Parte de la sociedad ve en los viejos potenciales consumidores y el mercado descubre un nuevo sector para los “fabricantes de ilusiones” (Aguas, 2002), la publicidad promueve la existencia de nuevos *elixires de juventud* que pondrán fin a los problemas de la vejez con las mermas en los ingresos que sobrevienen a partir de la jubilación, las personas viejas pasan a ser

objeto de maltrato estructural y los jóvenes testigos empiezan a temer llegar a viejos.

Un amplio estudio realizado por el IMSERSO, *The image and social perceptions of the elderly*, ofrece aportes para la construcción de las imágenes diferenciadas de la vejez en la prensa escrita.

La primera de las perspectivas se hace clara en el trabajo de análisis de la profunda dualidad en la visión que la prensa transmite de la vejez. Esta dualidad está basada en el eje *nombrados* y *no-nombrados*, o *nominados* y *no-nominados*, personas viejas. Las últimas son aquellas que son más pertinentemente incluidas con los mayores o con el grupo de tercera edad. Esto nos lleva implícitamente a construir un concepto de persona vieja como llena de experiencia, energía y sabiduría (los ancianos quienes son mencionados por su nombre). Esto es opuesto al concepto de inhábil, senil e infantilizado, quienes son tomados para reforzar la imagen de los integrantes de este grupo como un todo.

En la segunda perspectiva el eje está puesto en la presentación de dos elementos que son habitualmente reiterados en los medios. Este punto de vista separa a las personas mayores en *activos*, que trabajan, y *pasivos*, es decir, personas retiradas o jubiladas. Se plantea que este eje es superpuesto por encima del eje de mayores nominados y no-nominados de manera simétrica. Finalmente, una tercera perspectiva, es aquella que expresa una clasificación que separa entre espacios urbanos y rurales.

El eje activo y pasivo es el factor fundamental cuando viene a culminar una identidad personal o la designación del viejo. Este efecto se amplía cuando se alcanza la jubilación o se retira del mercado de trabajo y se convierte en parte de un grupo anónimo,

sin voz propia y con los distinguibles rasgos que caracterizan a la vejez en los formatos de la prensa escrita.

Según este análisis, los *activos* son personas mayores con nombres y apellidos, que tiene voces y con un definido *yo* que habla desde su conocimiento, son autónomos y tienen su propia identidad. Los mismos están en contacto con un amplio rango de conocimientos del mundo de los negocios, de la cultura y del arte.

Los *pasivos*, por otra parte, son personas retiradas pensionadas o jubilados que son anónimos, no dicen nada (porque nadie les pregunta), ellos forman parte de desacreditados escenarios sociales o en situaciones en las cuales a ellos siempre les falta algo (residencias, transporte público, inseguridad ciudadana). Ellos están perdidos con respecto a su identidad social, sin dignidad y relacionados a aquellos campos que los estigmatizan en la dependencia, como los servicios sociales, prestaciones de salud, pensiones y un amplio rango de situaciones en las cuales la variable edad opera de manera negativa.

Esta situación tiende a ser más grave en el esquema de representaciones que proponen los diarios cuando ponen el foco en la sociedad urbana y en las noticias de mayor actualidad. En cambio, es más flexible y menos enfática aun desde los medios rurales y más tradicionales que tienen una mirada más orientada hacia la comunidad.

En las conclusiones realizadas por el IMSERSO, se encuentra que de una forma presumiblemente no consciente, las personas ancianas son mostradas por la prensa escrita como mayormente ubicadas en la exclusión como un grupo sin voz o características singulares, carente de identidad personal, faltos de puntos de referencia, constantemente conectados con los valores más tradicionales y de

resistencia al cambio. En cambio, la presencia de nominaciones personales refiere a hombres, quienes debido a su educación y su historia, pueden sostener el lugar de excelencia necesario en estos segmentos de edad, como para ser mencionados por su nombre y ser diferenciados del resto del grupo.

Los roles que un individuo ocupa en la estructura social y el modo como los desempeña depende en gran medida de la imagen que de él emiten los otros miembros de la sociedad (Oddone).

El interjuego de estos factores puede generar, situaciones de integración o marginación, así como sentimientos de satisfacción o bienestar o su contrario, tensiones y angustia, más aun en la ancianidad, ya que sus miembros afrontan una situación de cambio o pérdida de roles familiares.

En cada cultura se construye y se transmite una imagen de las personas viejas a la vez que se les asigna un papel a ser cumplido. En nuestra sociedad esa imagen es negativa: se centra en el déficit y en la incapacidad; se los presupone deteriorados física y mentalmente, viviendo situaciones de precariedad; limitando y empobreciendo la perspectiva de vida de los integrantes de este grupo. Esta imagen que pone el acento en las carencias, es una de las causas de la marginación social. Se expresan mayormente con actitudes de rechazo o de paternalismo discriminatorio.

Los prejuicios impiden, inclusive al investigador, apreciar que esta etapa de la vida no es igual para todos los ancianos, ya que, por ejemplo, no se envejece de la misma manera quien habita un espacio rural o uno urbano, o quienes ocupan una posición en la estructura social.

La investigación de Oddone, realizada desde el punto de vista de la teoría del intercambio y con un método de

estudio de casos logrando historias de vida totales de ancianos ubicados en distintos espacios ecológicos y de distintas clases sociales, permite en cambio apreciar estas diferencias. Lo cual incentiva la pertinencia de la implementación de metodología cualitativa para este tipo de estudios (Oddone). De acuerdo al estudio *Missing Voices*, las experiencias de falta de respeto y prejuicios denunciados por los participantes han de entenderse como la opinión de las propias personas mayores sobre lo que provoca otras formas de maltrato, pero también como una grave forma de abuso en sí misma. (INPEA / WHO, 2001).

La falta de respeto es la forma más dolorosa de maltrato según los participantes mayores de todos los países que participaron de la investigación³. Mientras que los informes sistematizados a partir de los resultados de los grupos focales incluían unas cuantas historias dramáticas de maltrato físico y de abandono, quedaba claro que las actitudes irrespetuosas, basadas en prejuicios e imágenes negativas hacia los mayores, se consideraban algo universal. Algo extensamente fomentado desde los medios de comunicación. Así, los viejos que no pueden cumplir con este mandato social viven con la amenaza de ser excluidos del sistema.

La preocupación pública y profesional sobre el maltrato a las personas mayores se centra en su impacto más evidente en su salud física, en tanto, el tema de los prejuicios y discriminación aparecen como algo de la mayor importancia, según la percepción y las experiencias sobre el maltrato aportadas por los participantes de la investigación.

“La discriminación de edad está presente en variadas sociedades. La discriminación por edad y estereotipos influyen sobre las actitudes y éstas, a su vez afectan la forma en que las decisiones son tomadas y los recursos son asignados en el plano familiar, comunal, nacional e internacional” (Help Age, 2001).

Viejismo implícito

Muchas de las manifestaciones del prejuicio contra las personas viejas no son conscientes o no son reconocidas como expresiones del mismo por sus portadores. En las personas que se presenta de ésta forma, el prejuicio suele estar mucho más tenazmente defendido, porque a diferencia de los demás prejuicios en los cuales no hay nada que temer porque no es posible que cambie el color de su piel ni es probable que cambie de sexo si así no lo desea, en el caso del viejismo, si el tiempo transcurre, “todos los prejuicios llegarán a ser víctimas de su propio prejuicio” (Salvarezza, 1987). Por el hecho de desconocerlo no dejarán de tener un severo y negativo efecto para su salud.

Esta modalidad del prejuicio, lleva a los integrantes de las generaciones jóvenes a ver a los viejos como diferentes a sí mismos, a desconocerlos como seres humanos con igualdad de derechos y dificulta el adecuado proceso identificatorio que les permitiría llegar preparados adecuadamente para esa etapa de su vida.

Se entiende a los “estereotipos implícitos de la edad” (también llamados estereotipos automáticos o inconscientes) como pensamientos acerca de los atributos y comportamientos de los viejos, que existen y operan sin presentar una advertencia consciente, intención o control (Levy y Banaji, 2004).

Los estereotipos se conforman en los seres humanos a partir de aportes proporcionados por un diverso y complejo arco de elementos. Algunos de los mismos son los generados desde los medios de comunicación, las políticas públicas, el sistema educativo, la transmisión intergeneracional. Estos elementos son a veces imágenes que operan en la construcción de estereotipos.

“La estereotipia es un componente psicológico social por el cual atributos negativos, que de hecho existen en un pequeño porcentaje de los miembros de un grupo, son generalizados y usados para categorizar a todos sus miembros” (Mc Gowan, 1996). Por ejemplo, el hecho que un pequeño porcentaje de viejos sea frágil y dependiente es tomado como un atributo general del volverse viejo. Los hechos muestran que la mayoría de los viejos no son frágiles, sin embargo, la “fragilidad” se convierte en una característica que define el hecho de volverse viejo. Las características personales de los individuos viejos se minimizan o directamente se ignoran y los viejos son etiquetados de acuerdo a estereotipos negativo basado en su afiliación grupal.

“La estereotipia es discriminatoria porque niega el sentido del sí mismo y devalúa la singularidad ontológica del individuo” (Mc Gowan, 1996).

Deben señalarse dos aspectos que hacen más insidiosos los efectos del viejismo.

El primero es que puede operar sin ser advertido, controlado y sin la intención de provocar daño de manera consciente.

La naturaleza implícita de los estereotipos y prejuicios no es nueva para las investigaciones en ciencias sociales, sin embargo la idea del viejismo implícito es única al menos en un aspecto: no existen grupos que repudien

3 Argentina, Austria, Brasil, Canadá, India, Kenya, Líbano y Suecia.

a los más viejos como existen grupos que repudian grupos religiosos, raciales y étnicos (Levy y Banaji, 2004).

Por ejemplo, el prejuicio contra uno u otro género ha producido el reconocimiento de que existen sectores dentro de la sociedad que tienen una antipatía explícita hacia uno y otro grupo. *Vervi gracia*, grupos misóginos.

Están completamente ausentes, en cambio, sanciones sociales dirigidas a actitudes y creencias negativas contra los más viejos. El viejismo tiende a ser naturalizado.

El segundo aspecto, es que todos los seres humanos, en diferentes grados, se encuentran implicados en la práctica del viejismo implícito. “Los procesos y comportamientos mentales que demuestran sensibilidad por la edad se producen automáticamente en los pensamientos cotidianos, sentimientos, juzgamientos y decisiones de la gente común” (Levy y Banaji, 2004). Esto fue tenido en cuenta por el Plan de Acción de la II Asamblea de Naciones Unidas en la Cuestión 4: Imágenes del envejecimiento. En el apartado 112 refiere: “Una imagen positiva del envejecimiento es un aspecto esencial del Plan de Acción Internacional sobre el Envejecimiento 2002. El reconocimiento de la autoridad, la sabiduría, la dignidad y la prudencia que son fruto de la experiencia de toda una vida ha caracterizado normalmente el respeto con que se ha tratado a la ancianidad en el curso de la historia.

En algunas sociedades, a menudo se desatienden esos valores y se representa a las personas de edad desproporcionadamente como rémoras para la economía, debido a sus crecientes necesidades en materia de servicios de salud y apoyo. Aunque el goce de la salud en los años de la vejez es, naturalmente, una cuestión cada vez más importante para las personas de edad, la concentración de la atención

pública en la magnitud y el costo de los servicios de atención a la salud, las pensiones y otros servicios ha promovido una imagen negativa del envejecimiento.

Las imágenes que destacan el atractivo, la diversidad y la creatividad de las personas de edad y su contribución vital a la sociedad deben competir con ella por despertar la atención del público. Las mujeres de edad se ven particularmente afectadas por los estereotipos engañosos y negativos: en lugar de representarlas de manera que reflejen sus aportaciones, sus puntos fuertes, su inventiva y sus calidades humanas, suelen ser representadas como débiles y dependientes, lo que refuerza las prácticas excluyentes a nivel nacional y local” (*United Nations*, 2002).

Las “actitudes implícitas de la edad” (también llamadas prejuicios automáticos o inconscientes) abarcan los sentimientos hacia los más viejos que existen y funcionan sin advertencia consciente, intención ni control (Levy, Banaji, 2004).

De los hallazgos básicos con respecto al viejismo implícito que existe hasta la fecha, Levy y Banaji ofrecen el siguiente resumen:

El primer hallazgo en los resultados obtenidos es la magnitud del efecto. Con ello se refieren a que las actitudes implícitas negativas son las más grandes que se hayan observado. Aún mayores que la actitud anti-negros entre las personas blancas de América del Norte.

Como segundo hallazgo, señalan que las actitudes implícitas hacia la edad van en contra de las actitudes explícitas. Esto quiere decir que las actitudes negativas, que encuentran, están tan desarrolladas que se oponen y son mayores que las actitudes explícitas que observan en las poblaciones estudiadas.

La actitud explícita demuestra una menor negatividad hacia los más viejos que las mediciones que revelan las asociaciones implícitas. Las actitudes implícitas son más negativas en general. Sin embargo, aclaran, no son tan importantes como las que suceden con el racismo contra la población afroamericana.

El tercer hallazgo refiere a una característica peculiar de las actitudes y los estereotipos por la vejez que los distingue de las actitudes hacia otros grupos: la influencia de la edad no parece variar en función de la edad de quienes responden.

Los participantes mayores, como los más jóvenes, tienden a tener actitudes implícitas negativas hacia los más viejos y actitudes implícitas positivas hacia la juventud.

Este último permite superar una confusión muchas veces encontrada: la de suponer que son solamente los jóvenes quienes desarrollan prejuicios contra las personas viejas.

Aun cuando los cambios culturales han sido directamente responsables del aumento de la esperanza de vida en el siglo xx, la respuesta que predomina en la cultura occidental ante la transición demográfica ha sido negativa. En nuestra sociedad, el envejecimiento poblacional se enmarca típicamente como una sangría de la economía, una amenaza al sistema de cuidado de la salud y una carga para las familias (Rice y cols, 2002). Toda empresa científica está influenciada en alguna medida por la cultura, las investigaciones referidas a los mayores no son una excepción.

Los prejuicios están presentes en amplias capas de la sociedad pero “son más peligrosos cuando determinan conductas en los médicos y psicólogos que tienen a su cargo el cuidado de la salud de los viejos” (Salvarezza, 1982, 2001).

Debido a las creencias viejistas ciertos síntomas depresivos son confundidos, inclusive por los profesionales de la salud, con “cambios debidos a la edad” o con síntomas físicos. Incluso la depresión puede ser tomada como una consecuencia normal del envejecimiento (Iacub, 2008).

Los académicos que estudian el envejecimiento deben mantenerse alerta sobre las formas en que sus propias creencias y suposiciones acerca del proceso de envejecimiento guían cada una de las etapas de investigación, desde la generación de hipótesis hasta la interpretación de resultados (Rice, 2002).

Uno de los prejuicios sociales más vigentes en nuestra sociedad es el considerar la vejez como una enfermedad o como un período de enfermedades. Salvarezza retoma lo planteado por Estes y Binney sobre la “biomedicalización del envejecimiento” que considera a la vejez como un proceso patológico que debe ser comprendido y atendido desde las diversas prácticas médicas. Esta representación del envejecimiento se produce desde las lecturas científicas, las prácticas médicas y la opinión pública. “El uso de medicamentos cobra en este sentido una relevancia especial ya que el consumo de los mismos por parte de los viejos es muy alto y existe una política de los laboratorios en sostener estos criterios que redundan en beneficios comerciales” (Salvarezza, 2002).

Los estereotipos adjudicados a las personas que han llegado a la vejez producen un sinnúmero de efectos sobre el desempeño en las actividades cotidianas y sobre el nivel de autoestima de la persona.

En el trabajo de Levy y Banaji se hace mención a que diversos estudios sugieren que “el viejismo podría tener un impacto en la cognición de los individuos, en el comportamiento y

en la salud de manera no consciente. Parecería que los distintos efectos de los estereotipos implícitos de la edad podrían estar interrelacionados y tal vez reforzados mutuamente” (Levy y Banaji).

La influencia de los estereotipos hacia el envejecimiento sobre el funcionamiento de la memoria fue hallada en los más viejos, pero no en los participantes jóvenes. Esto suele traer como consecuencia que las personas mayores desconfíen de su capacidad mnémica y se inclinen por desentenderse de tareas que impliquen algún esfuerzo que la incluya. Puede ocasionar que cesen en el desarrollo de estrategias para optimizar su capacidad cognitiva en estas áreas. Puede generarse una expectativa ansiosa de que los otros detecten sus fallos de memoria, esta misma expectativa produce una división en la concentración de su función atencional y justamente, traer como consecuencia el cumplimiento del fallo mnémico tan temido.

Levy encontró que los participantes más viejos expuestos a los estereotipos positivos se desempeñaron mucho mejor que los que fueron expuestos a los estereotipos negativos en las pruebas a las que fueron sometidos (Levy y Banaji).

El proceso de los auto-estereotipos implícitos del envejecimiento podría verse activado por muchas de las manifestaciones de los estereotipos sociales.

Una actitud hostil desde el medio puede disparar o incrementar prejuicios que estaban instalados pero sin ponerse de manifiesto a través de actitudes o conductas por parte de los portadores.

A la inversa, las manifestaciones de los auto-estereotipos son percibidos por los demás. Pudiendo generar una especie de auto-estigmatización de parte de las personas que se conside-

ren no aptas para determinadas tareas o funciones sociales.

“Existe, de esta manera, una naturaleza recíproca para este intercambio automático entre los estereotipos y los auto-estereotipos” (Levy y Banaji).

Constitución personal del viejismo

Tanto las investigaciones de Salvarezza como las desarrolladas por Levy y Banaji coinciden en que se toma contacto con los prejuicios de manera explícita durante la infancia interviniendo el procesamiento consciente de los mismos en el cual intervienen los sentimientos. Se tiene contacto con los mismos a través de las actividades culturales más cotidianas existentes en la sociedad: vida familiar, escolar, medios de comunicación.

Esto posibilita la detección de actitudes que reflejan el uso de estereotipos sobre la vejez en niños de corta edad.

Es posible, inclusive, que las actitudes de la edad y los estereotipos no requieran ser establecidos de manera explícita para ser adquiridos tempranamente en la vida.

Los prejuicios contra la vejez, como los otros prejuicios, son adquiridos en etapas infantiles a través del proceso identificatorio y luego se van asentando en la personalidad mediante su racionalización a lo largo de la vida. La identificación con las conductas, pensamientos u otros significantes prejuiciosos es incorporada al núcleo primitivo del desarrollo de la identidad, se asimila en sintonía al yo del sujeto (egosintonicidad), y debido a ello, no forma parte del pensamiento racional, ni es sometido a revisión crítica. Se restringe a generar una respuesta emocional directa ante la presencia del estímulo que la dispara.

El origen de este proceso identificatorio pasa a ser reprimido en el inconsciente y a los sujetos impregnados de prejuicios le resulta difícil o imposible reconocer el alto grado de determinación que tienen estas identificaciones sobre sus pensamientos o acciones.

Durante el proceso de aprendizaje de los primeros años, los niños conviven con personas viejas y observan que la vejez va asociada a la declinación mental y corporal. Ven la pérdida de vigor mental y del atractivo corporal de gran importancia en nuestra cultura de principios del siglo XXI.

De particular importancia son las modificaciones físicas que se dan de manera asimétrica y la pérdida de la suavidad y tersura de la piel, la caída del cabello, los cambios en la pigmentación de la piel, las arrugas y una mirada aparentemente triste. Es muy probable entonces que se produzca un rechazo no sólo del proceso de envejecimiento sino también a las personas que son portadoras de él (Busse y Blaze, 1980).

En los portadores del prejuicio se produce una disociación con sus conductas. Por ejemplo, al serles requerida una explicación sobre su manera de comportarse, dan una respuesta en términos lógicos y adultos, en tanto que sus respuestas emocionales muestran una sobreexageración emocional irracional de la ansiedad, desesperación, temor o furia que corresponden a patrones de conducta infantiles de respuesta a estímulos externos difíciles de controlar (Salvarezza, 1987).

En "El porvenir de una ilusión", Freud sostiene que el dogma se caracteriza por la rigidez, la intolerancia y, fundamentalmente, por el hecho de ser irrefutable (Freud, 1927). En el dogmatismo hay una sumisión absoluta a ciertos principios o a la autoridad que lo impone y queda excluida

la posibilidad de que la persona haga un examen crítico de los contenidos. Lo esencial del dogmatismo es la eliminación de toda consideración respecto de posturas alternativas a la vez que se deja fuera de cuestionamiento la propia. Para el seguimiento del dogma es indispensable la renuncia a crear. La creencia es contraria a la creación, creer es contrario a crear.

Con anterioridad al valioso trabajo de las autoras Levy y Banaji, Salvarezza, para el análisis metapsicológico del concepto de vejeísmo, estudia la actividad psíquica denominada *creencia* desde el marco teórico del psicoanálisis (Salvarezza, 1988).

La creencia es una actividad del yo que confiere la condición de realidad psíquica a las producciones mentales existentes. La creencia es a la realidad psíquica lo que la percepción es a la realidad material (Britton, 1994).

El signo de realidad para el mundo externo es aportado al sujeto por su percepción del medio externo. La creencia aporta la significación de realidad a la existencia de contenidos psíquicos.

La creencia es un proceso activo y, al igual que la percepción, es influida por el deseo, el temor y la expectativa. Las creencias tienen como consecuencias la influencia en las percepciones y en la promoción de acciones acordes a lo creído por la persona.

Una vez instalada, la creencia subjetiva precede a la evaluación objetiva (Britton, 1994). El vejeísmo entendido como creencia produce desconsideraciones y discriminaciones. Las personas portadoras de ésta creencia sostienen que ellos nunca van a envejecer en tanto la vejez está colocada en otro lado y les pertenece sólo a otros, los viejos, y esto les posibilitaría el mantener cierta tranquilidad (Salvarezza, 2002).

A diferencia de las actitudes y estereotipos negativos dirigidos hacia

grupos sociales por diferencias en el color de la piel y por el género, los sentimientos y pensamientos negativos acerca de la vejez son comunes en ámbitos públicos.

Se entiende que la formación de prejuicios o estereotipos aporta al sujeto una ventaja funcional. En la medida que son generalizaciones, simplifican el pensamiento y los sentimientos, los abrevian o saltan segmentos de su proceso. Sin la formación de prejuicios el sujeto se vería requerido de evaluar y aprender situaciones nuevas en forma permanente.

Como se menciona anteriormente, una vez que los estereotipos han sido adquiridos, probablemente sean aplicados de manera automática. Esto sería lo que ocurre ante la presencia de una persona mayor.

Una vez conformados los prejuicios se ven reforzados a lo largo de la reiteración de la exposición a distintas expresiones de una cultura cargada de estereotipos. Inclusive, aunque periódicamente las personas se enfrentan a evidencias contrarias no se produce un debilitamiento de los mismos en forma inmediata.

El mantenimiento de los estereotipos negativos de la edad se ve beneficiado por la reducción de una interacción significativa entre jóvenes y viejos en un contexto en el cual podrían desarrollarse estereotipos explícitos positivos sobre la edad.

"Si los adultos jóvenes no tienen oportunidad de desarrollar estereotipos explícitos positivos, podría ser dificultoso cambiar las bases de los estereotipos implícitos de la edad" (Levy y Banaji, 2004).

Profecía autogenerada

Los estereotipos operan para protegerse o proteger al propio grupo. Los

prejuicios contrarios al envejecimiento protegen a aquellos que no son viejos. Las personas jóvenes son las beneficiarias de los estereotipos negativos del envejecimiento y, en la medida que reflejan las necesidades de los miembros más jóvenes de la sociedad, les permiten permanecer de ese modo hasta llegar a la vejez.

Según Levy y Banaji, el grupo de los viejos es “el único que demuestra actitudes implícitas negativas tan fuertes como las que puede llegar a tener el grupo externo (los jóvenes)”.

En muchas observaciones de la vida cotidiana, como asimismo se detecta en pruebas de laboratorio, los individuos más viejos de la sociedad muestran actitudes y creencias negativas hacia los mismos viejos.

La continuidad de la exposición y la activa reproducción durante largo tiempo de los estereotipos contra la vejez tiende a caer sobre los propios actores que, pasados los años, inevitablemente envejecen. Consecuentemente pasan a verse incluidos dentro del grupo de edad que ellos mismos apreciaban de manera negativa. Se observa entonces el cumplimiento de una profecía autogenerada.

En la medida que la conducta viejista resulta eficaz en su propósito discriminatorio contra los mayores, al mismo tiempo reniega el aspecto autodestructivo que tiene sobre el mismo sujeto. Este efecto aparecerá a posteriori y muchas veces sin que sea entendida la relación existente entre el padecimiento de ese momento y la propia actitud discriminatoria (Salvarezza, 1987).

La conducta social que consiste en la discriminación de las personas viejas es el resultado de la masiva proyección sobre ellos de la intensa angustia persecutoria generada por el propio envejecimiento personal (Salvarezza, 1987).

La organización viejista de la sociedad confirma, a través de su experiencia, el mensaje cultural de que los viejos son inútiles, molestos y onerosos. No resulta extraño entonces que los viejos se perciban a sí mismos según estos estereotipos culturales negativos que penetran a toda la sociedad. Este aspecto del viejismo es especialmente perturbador porque significa que los mismos viejos contribuyen a su propia devaluación.

“La dislocación social disminuye el status social, amenaza la autoestima y coloca a los viejos en riesgo de una gran variedad de problemas en su salud, tanto física como psicosocial” (Mc Gowan, 1996).

Recomendaciones para la reducción de prejuicios

La exposición a los estereotipos positivos sobre las personas mayores podría ser beneficiosa y limitar los estereotipos negativos.

El estudio de la historia de la humanidad muestra que la reducción de la discriminación se ha alcanzado a través del reconocimiento social y la acción política. Las mejoras en los derechos civiles de diversos grupos aminorados como las poblaciones afroamericanas y los movimientos feministas fueron liderados mayormente por miembros de los propios grupos marginados.

“La tarea puede ser más difícil de cumplir porque, a diferencia de otros grupos, los viejos no son sus mejores abogados, al menos con respecto a sus actitudes y estereotipos implícitos” (Levy y Banaji, 2004).

Para la modificación del actual estado de situación se sugiere que las personas mayores deberían ser conscientes de las visiones negativas hacia su grupo dentro de la sociedad y desarrollar conscientemente una identidad de la vejez y de sus atributos positivos, uti-

lizándolos para compensar los efectos generadores de debilidad que ocasiona el viejismo implícito.

Resulta interesante apreciar un proceso de transición existente en distintas áreas de nuestra sociedad. A pesar del panorama que ofrecen los medios de comunicación, referido anteriormente, con la imagen de la vejez que promueven, las personas viejas han podido cambiar los modelos que se habían transmitido desde las generaciones anteriores en las cuales el modelo deficitario era predominante.

En Estados Unidos de América, se ha constatado la existencia de programas que buscaban combatir el viejismo a través de la concientización para el cambio de actitudes. Sin embargo, la conceptualización del viejismo como un problema actitudinal limitaba severamente su impacto potencial porque reducía un fenómeno complejo a solo una de sus muchas dimensiones. La comprensión de una sola de las dimensiones del viejismo sugiere que la estrategia para manejar las actitudes se mostró poco efectiva (Mc Gowan, 1996).

En contraste con esto apareció posteriormente un número creciente de programas intergeneracionales, buscando un beneficio mutuo en la experiencia de contacto entre las personas viejas y los no-viejos para tratar de involucrarlos directamente. En cambio, estos programas, no solamente servirían para combatir las actitudes negativas sino para recolocar a los viejos en roles sociales significativos y subrayaban el problema de la dislocación social también como un estereotipo negativo. Esto proveía conjuntamente a los más jóvenes de la posibilidad de una experiencia de contacto intergeneracional que los ayudaría a desarrollar su conocimiento sobre el envejecimiento y la práctica de la interacción con los viejos.

Abordando la complejidad del fenómeno, Mc Gowan recomienda que para mitigar el viejismo se necesitará una amplia crítica social y cultural que vaya más allá de los límites de la gerontología tradicional. Los fundamentos teóricos de la misma, al estar basados en el positivismo y en el funcionalismo, le dan una perspectiva que la incapacita para sostener un análisis riguroso de tópicos muy sobrecargados como es el viejismo.

“Un creciente número de gerontólogos argumenta que se requieren conocimientos filosóficos y teóricos más rigurosos para avanzar en los estudios empíricos y para un mejoramiento cultural. Para desarrollar tal conocimiento se requiere la asistencia de los reales expertos en viejismo: *los viejos que lo experimentan diariamente en sus propias vidas*” (Mc Gowan, 1996).

Como ya se ha mencionado, tanto los portadores de los prejuicios contra la vejez de otros grupos de edad como las propias personas viejas no suelen ser conscientes de la eficacia de los estereotipos en sus actitudes.

Desde la perspectiva psicoanalítica, en la medida que estos prejuicios no son gobernados por los procesos que rigen el funcionamiento consciente, los mismos no pueden ser considerados de manera crítica. El pensamiento crítico depende del proceso secundario que determina la lógica existente en los sectores Preconsciente y Consciente del sujeto. Los prejuicios son reprimidos hacia el Inconsciente y sólo en la medida que las creencias se vuelvan conscientes podrán ser abandonadas o modificadas.

El abandono de las creencias implica un duelo y no todos los sujetos están en condiciones de hacerlo (Britton, 1994; Salvarezza, 2002). El duelo que se hace necesario implica la aceptación del proceso de envejecimiento del propio sujeto (Mingorance y Chapot, 2009).

En la medida que se pueda hacer consciente esta creencia, que tiene raíces en el imaginario social, podrá ser abandonada y entonces se podrá crear y “no creer”, en un modelo diferente (Salvarezza, 1987).

Discriminación y derechos humanos

Considerar el maltrato contra las personas mayores como un asunto de derechos humanos (Guzmán y Huenchuán, 2003) permite que el problema se considere desde muchos ámbitos. Amplía la perspectiva de intervención y responsabilidades de los gobiernos y sus ciudadanos porque implica abordar la pobreza, la discriminación por edad, los estereotipos negativos y la denigración de las personas viejas. Estas situaciones son expresiones del maltrato por falta de preocupación hacia ese grupo social, y son un riesgo de marginación y privación de igualdad de acceso a oportunidades, recursos y derechos.

El Informe Mundial sobre Violencia y Salud (WHO, 2002) indica, por primera vez, que la violencia ha alcanzado tales niveles que se ha constituido en un problema de salud pública mundial. “El informe nos lanza también un reto en muchos terrenos. Nos obliga a ir más allá de nuestro concepto de lo aceptable y cómodo para cuestionar la idea de que los actos violentos son meras cuestiones de la intimidad familiar o de elección individual, o bien aspectos inevitables de la vida.

La violencia es un problema complejo, relacionado con esquemas de pensamiento y comportamiento conformado por multitud de fuerzas en el seno de nuestras familias y comunidades, fuerzas que pueden también traspasar las fronteras nacionales” (WHO, 2002).

Recomendaciones para los profesionales

En el año 1971 fueron enumeradas por el *Group for the Advancement of Psychiatry* (Salvarezza, 2002) algunas de las razones de las actitudes negativas de los psiquiatras para tratar a las personas viejas:

- Los viejos inspiran en los terapeutas temores sobre su propia vejez.
- Reactualizan en los terapeutas conflictos reprimidos en relación con sus propias figuras parentales.
- Los terapeutas piensan que no tienen nada que ofrecer a los viejos porque creen que éstos no van a cambiar su conducta o porque sus problemas están relacionados con enfermedades cerebrales orgánicas intratables.
- Los terapeutas creen que no vale la pena hacer el esfuerzo de prestar atención a los psicodinamismos de los viejos porque están muy cerca de la muerte; algo similar ocurre con el sistema médico militar de urgencia, en el cual el más grave recibe menos atención porque es menos probable su recuperación.
- El paciente que puede morir durante el tratamiento afecta el sentimiento de importancia del terapeuta.
- Los terapeutas se sienten disminuidos en su esfuerzo por sus propios colegas. Habitualmente se escucha decir que los gerontólogos o los geriatras tienen una preocupación morbosa por la muerte; su interés por los viejos es “enfermizo” o, por lo menos, “sospechoso”.

En el análisis que propone Salvarezza de las actitudes negativas enumeradas en el informe, encuentra similitudes con una investigación que estudia la ansiedad que se genera en los profesionales a partir del contacto con la enfermedad y la instrumentación de conductas defensivas para el éxito de la intervención terapéutica (Salvarezza, 1973).

En los casos del trabajo con pacientes con afecciones oncológicas o psicológicas, por ejemplo, la apelación a las estadísticas médicas actúa en forma protectora de los profesionales. Los mismos quedan incluidos entre el porcentaje de la población no cancerosa o la que no tiene psicosis. Esta conducta defensiva basada en el par disociación-negación, resulta ineficaz en las entrevistas y tratamientos con personas viejas debido a que el envejecimiento, como factor de la evolución humana, es un destino que resulta inevitable.

A diferencia del trabajo con las vivencias de otros grupos de edad, el trabajo con elementos vivenciales desconocidos, abstractos que comparten los pacientes mayores con los profesionales que no son viejos al faltarles el conocimiento de esa clase de vivencias personales, puede generar una brecha difícil de salvar. La toma de conciencia de la pertenencia a la misma especie humana y de que el propio profesional tratante también se encuentra en proceso de envejecimiento es la herramienta fundamental que permitirá que el accionar se desarrolle según el conocimiento consciente y no en base a una visión impregnada de prejuicios (Salvarezza, 2002).

Schaie ofrece un conjunto de recomendaciones a los psicólogos para ayudarles a evitar el vejeísmo, el cual define como “una forma de prejuicio cultural que incluye: (a) la restricción de comportamientos y oportunidades, actitudes negativas basadas en la edad, estereotipos relacionados con la edad y una percepción distorsionada al servicio del mantenimiento de tales estereotipos positivos o negativos; (b) una creencia cultural de que la edad es una dimensión significativa por definición, y define la posición social de la persona, sus características psicológicas o la experiencia individual;

o (c) un supuesto que no ha sido sometido a prueba, de que los datos sobre un grupo de determinada edad se generalizan a otros o, a la inversa, que la edad es siempre relevante en relación con las variables que estudian los psicólogos” (Schaie, 1993). Características igualmente alarmantes toma la presencia de este tipo de prejuicios en el creciente número de cuidadoras que inician sus tareas. En la medida en que el amplio espectro de prejuicios viejistas opera de manera inconsciente, se debe evitar entrar demasiado rápido en actitudes culpabilizadoras hacia quienes se vean impregnados de los mismos. Más constructiva, aparece en cambio, la posibilidad de investigar la presencia de dichos prejuicios en la población estudiada con el objeto de contribuir a su modificación para la prevención de disfunciones vinculares entre adultos mayores y cuidadores, la prevención de la sobrecarga del cuidador, la prevención de situaciones de abuso y maltrato y, en última instancia, mejorar de la calidad de vida en la vejez.

La presencia de estereotipos en todos y cada uno de los integrantes del equipo de cuidados (profesionales, técnicos y personal de atención) lejos de ser considerado una excepción, corresponde ser previsto como la tendencia predominante generada por nuestros patrones culturales. Que esta tendencia sea incluida como un sesgo existente en el patrimonio formativo a lo largo de toda la vida de los miembros del equipo permitirá estar advertidos y anticiparse a su posible eficacia en la determinación de sentimientos, argumentaciones, enunciados y conductas en la tarea con personas mayores.

Bibliografía

Aguas, S., “Argentina: Relato sobre el Abuso en la Vejez”, Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, Naciones Unidas, Foro de ONG’s, Madrid, 2002.

Aguas, S., “Cómo Perciben los Adultos Mayores el Maltrato”, Revista Latinoamericana de Gerontología, N° 1, mayo 1996.

Busse, E. W.; Blazer, D., “Handbook of Geriatric Psychiatry”, New York, Van Nostrand Reinhold, 1980.

Butler, R., “Ageism in the Health Care System: Short Shrifting Seniors?” Before the U.S. Senate Special Committee on Aging United States Senate, May 19th 2003.

Butler, R., “Envejecimiento global. Desafíos y oportunidades del próximo siglo”, Buenos Aires, Gerontología Mundial, Año 1, N° 1, 1993.

Butler, R. y Lewis, M. (1973), “Aging and Mental Health. Positive psychosocial and biomedical approaches”, St Louis, C. V. Mosby Co., 1982.

Estes, C. y Binney, E., “The Biomedicalization of Aging. Dangers and Dilemmas”, en *Critical Perspectives on Aging: The Political and Moral Economy of Growing Old*, Ed. Minkler M. y Estes C., Amityville, N. Y. Baywood, 1991 (traducido como *La Biomedicalización del Envejecimiento. Peligros y Dilemas*).

Fernández-Ballesteros, R.; Izal, M.; Montorio, I.; González, J. L.; Díaz-Veiga, P., *Evaluación e intervención psicológica en la vejez*, Barcelona. Ediciones Martínez Roca, 1992.

García, N., *Percepción del maltrato por los adultos mayores urbanos*, Cuadernos del Congreso Internacional del Maltrato, Universidad del Bío-Bío, Chillán, Chile, noviembre 2001.

- Goffman, E., *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1970.
- Guzmán, J. M., Huenchuán, S., "Maltrato contra personas mayores e imagen del envejecimiento", CELADE / División de población, CEPAL. MATERIAL DE APOYO, Sala de reunión del CELADE, Santiago de Chile, 12 de junio de 2003.
- HelpAge, "Estado Mundial de las Personas Mayores", www.helpage.org 2002.
- Help Age International, "Igualdad de trato, igualdad de derechos", en *Informe sobre el Envejecimiento y el Desarrollo: Pobreza, Independencia y las Personas Mayores en el Mundo*, HelpAge International, www.helpage.org 2001.
- Iacob, R., "Dolor psíquico en el envejecimiento", en *Módulo de la Cátedra. Psicología de la Mediana Edad y Vejez*, inédito. 2008.
- IMSERSO, General conclusions of the research "The image and social perceptions of the elderly", Observatorio de las personas mayores, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, España, 2002.
- INPEA, *Missing Voices: views of older persons on elder abuse*, Investigación conjunta de World Health Organization and International Network of the Prevention Elder Abuse, WHO-INPEA. Organización Mundial de la Salud, 2001, Documento presentado en el Foro de ONG, Valencia, Foro preparatorio a la II Asamblea Mundial de Envejecimiento, Madrid, 2002.
- Jodelet, D., "Las representaciones sociales", en Moscovici, S., *Psicología Social II*, Barcelona, Editorial Paidós, 1986.
- Levy, B.; Banaji, M., "Ageism. Stereotyping and Prejudice against Older Persons" (comp.), Todd D. Nelson. Massachusetts, The Mit Press, 2004.
- Lorenz, K., "La enemistad entre las generaciones y sus probables causas etológicas", (1972) en M. W. Piers (Ed.), *Juego y desarrollo*, Barcelona, Crítica, 1986.
- McGowan, T., "Viejismo y discriminación", en Birren, J., *Encyclopedia of Gerontology*, New York, Academic Press, 1996.
- Mingorance, D. y Chapot, S., "Duelo normal y duelo patológico. Su abordaje clínico en el envejecimiento" en *Temas de Psicogerontología: Investigación, clínica y recursos terapéuticos*, Chapot, Guido, López, Mingorance, Szulik, compiladores. Buenos Aires, Editorial Akadia, 2009.
- Muchnik, E.; Acrich, L., "El viejismo en profesionales". Revista del Instituto de Psicología. Facultad de Psicología, Año 2, Nº 2, 1988.
- Oddone, M. J., "La imagen de la vejez. Resultados de una encuesta de opinión en áreas rurales/urbanas de la Pampa Húmeda", Rev. Medicina de la Tercera Edad, págs. 23 a 28.
- OMS, Organización Panamericana de la Salud, Programa de Salud de la Familia y Población, Envejecimiento y Salud, *El envejecimiento. Como superar mitos*, Año internacional de las Personas de Edad, OPS, 1999.
- Orosa, T., *La educación en la prevención del maltrato al adulto mayor*, ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional sobre Maltrato al Adulto Mayor, Cuadernos del Congreso Internacional del Maltrato, Universidad del Bío-Bío, Chillán, Chile, noviembre 2001.
- Rice, C.; Lockenhoff, C.; Carstensen, L., "En busca de independencia y productividad: cómo influyen las culturas occidentales en las explicaciones individuales y científicas del envejecimiento". Revista Latinoamericana de Psicología, Vol. 43, Nº 1-2 2002.
- Salvarezza, L., "Carta abierta a todos los médicos (a propósito de su ideología sobre la vejez)", Medicina de la tercera edad, 7/8, Buenos Aires, 1982 (Ficha inédita).
- Salvarezza, L., "La psicogerontología y los viejos frente al siglo XXI. Con especial referencia al rol del Psicólogo en este campo", en Salvarezza, L. (comp.), *El envejecimiento. psiquis, poder y tiempo*, Buenos Aires, EU-DEBA, 2001.
- Salvarezza, L., *La vejez. Una mirada gerontológica actual*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Salvarezza, L., *Psicogeriatría: teoría y clínica*, 1ª reimpression, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- Salvarezza, L., *Psicogeriatría. Teoría y clínica*, 2ª ed. revisada y ampliada, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Salvarezza, L., "Sociedad y vejez. Una aproximación psicoanalítica". Psyche, III, Nº19, Buenos Aires, 1987.
- Salvarezza, L. y Oddone, M. J., "Caracterización Psicosocial de la Vejez", en *Informe Sobre Tercera Edad en la Argentina. Año 2000*, Buenos Aires, Secretaría de Tercera Edad de la Argentina, 2001.
- Schaie, "Handbook of the psychology of aging" (2ª ed.), New York, Van Nostrand (págs. 190-215).
- United Nations, II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, "Plan de Acción Internacional sobre el Envejecimiento", 2002, www.un.org
- WHO/INPEA, "Missing Voices: views of older persons on elder abuse", Gineva, World Health Organization, 2002.